

LOS FORASTEROS DEL TIEMP

LA AVENTURA DE LOS BALBUENA
EN HOLLYWOOD

Roberto Santiago
& Pablo Fernández

HOLLYWOOD

MGM
STUDIOS



LOS FORASTEROS DEL TIEMPO

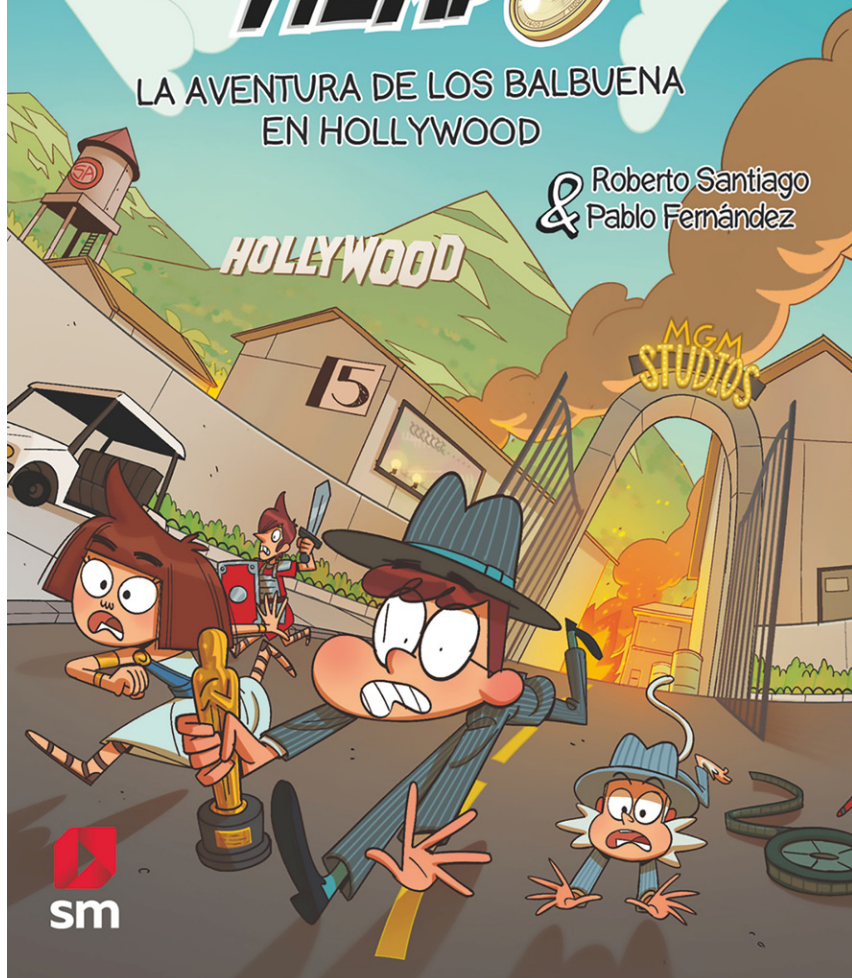


LA AVENTURA DE LOS BALBUENA
EN HOLLYWOOD

Roberto Santiago
& Pablo Fernández

HOLLYWOOD

MGM
STUDIOS





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

Dirección editorial: Berta Márquez
Dirección de arte: Lara Peces

Ilustraciones de Guillermo Esteban Bustos
basadas en el diseño gráfico original de Enrique Lorenzo
Colorista: Víctor Giménez

Este libro fue publicado por mediación de Dos Passos Agencia Literaria.

© del texto: Roberto Santiago y Pablo Fernández, 2026
© Ediciones SM, 2026
Impresores, 2 - Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1055-827-4

Coordinación técnica: Equipo SM
Digitalización: ab serveis

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.







Me llamo Sebastián Balbuena, aunque todos me llaman Sebas.

Tengo once años.

Y estoy corriendo detrás de un león enorme.

No me he confundido: yo voy detrás del león, no al revés.

El león se llama Leo y tiene una melena preciosa.

A pesar de ser gigantesco, se asusta con facilidad.

—¡Corre, Leo, corre! —le animo.

—¡GRRRRRRRR! —ruge Leo mientras huye.

—¡¡¡Fuego, fuego, fuego!!! —grita alguien a nuestra espalda.

Se ha desatado un incendio terrible.

Por eso huye el pobre Leo.
Las llamas lo inundan todo.
Cientos de personas corren a mi alrededor, en pánico.
Es una mezcla muy extraña: hay mosqueteros, vikingos, romanos, gánsteres, soldados, gladiadores...
Otros llevan esmoquin y traje de gala.
Incluso hay una reina de Suecia, que se levanta la cola de su vestido para poder correr mejor.
Y muchos de los presentes visten... trajes verdes.
¡Lo prometo!
¡Trajes completamente verdes!
Luego lo explicaré.
Estoy en 1938, en el plató más grande del estudio Metro-Goldwyn-Mayer, en Hollywood.
¡Es la época dorada del cine!
Dicen que Hollywood es la ciudad donde los sueños se hacen realidad.
Hoy, sin embargo, se ha convertido en una pesadilla.
El fuego se extiende a toda velocidad. Todos estamos en gravísimo peligro.
Es una locura.
Un caos.
Decorados, cables, vestuario, los propios focos que cuelgan sobre el techo del enorme plató...
Todo arde a nuestro alrededor.

La gente huye aterrorizada, agolpándose hacia la salida del estudio.

Estoy rodeado por las mayores estrellas del cine. Actores y actrices famosísimos.

También hay directores, técnicos, guionistas, productores...

Y, por supuesto, el león Leo.

Entre nosotros también se encuentra la persona más poderosa del mundo.

¡El mismísimo presidente de Estados Unidos en persona!

Ha venido a visitar los estudios, y ahora... ¡su vida corre peligro!

Si muere en el incendio, la historia cambiará para siempre.

El mundo entero está al borde de la guerra.

Alemania está a punto de invadir toda Europa.

Si el presidente de Estados Unidos muere hoy, probablemente el que ocupe su puesto se aliara con los nazis.

La Segunda Guerra Mundial tomará un rumbo muy distinto.

Habrá terminado incluso antes de empezar.

O sea, los malos ganarán.

Y el universo colapsará.

¡Así como suena!

Por eso es muy importante que el presidente Roosevelt no muera hoy en el incendio.

Bueno, por eso y porque no está bien que nadie muera, claro.

—¡Corre, Leo, corre! —grita María al león, acariciando suavemente su preciosa melena.

Leo no es un león cualquiera. Es el símbolo de la Metro-Goldwyn-Mayer. Sale rugiendo antes de todas las películas.

Ahora ruge, pero de miedo.

—GRRRRR —responde Leo, cada vez más asustado.

María es mi vecina y va conmigo a clase. Cuando sonríe, se le forman dos hoyuelos increíbles a ambos lados de la boca.

—Que no le pase nada a Leo, por favor —nos pide un hombre rechoncho, con gafas redondas metálicas—. Es insustituible.

Se trata de Mayer, el jefe del estudio; o sea, de casi todos los que están por allí.

—Bueno, todos somos insustituibles —respondo.



—¿Os dais cuenta? ¡El león cobarde, como en la película! ¡Ja!
—comenta mi hermano Santi.

Mi hermano está en una edad muy mala que se llama adolescencia y está siempre quejándose por todo.

El león cobarde es uno de los protagonistas de *El mago de Oz*, una de las películas más famosas de todos los tiempos.

Hoy hemos participado en el rodaje y nos han ocurrido un montón de cosas. Nunca hubiera imaginado que rodar una película fuera tan complicado.

—Asustarse cuando tu vida está en peligro no es ser cobarde: es instinto de supervivencia —replica mi hermana Susana.



–¿Dónde está Roosevelt? –pregunta Mari Carmen, la madre de María. Tiene mucho carácter, me cae genial.

–Su nombre completo es Franklin Delano Roosevelt. Su primo Teddy también fue presidente de los Estados Unidos –explica mi hermana Susana.

Mi hermana tiene diez años y siempre sabe todo.

–Hay que salvar al presidente, ya te digo –comenta mi padre.

Mi padre también se llama Sebastián, como su padre y el padre de su padre y así hasta tiempos remotos.

Trabaja como policía municipal en Moratalaz, nuestro barrio, y siempre repite lo mismo, venga o no a cuento: «Ya te digo».

–Haz los deberes, Sebas, ya te digo.

–Hoy he cocinado una lasaña riquísima, ya te digo.

–Se ha quedado una tarde preciosa, ya te digo.

Mi padre y Mari Carmen se llevan genial. Juntos han abierto una agencia de viajes en el barrio.

Es una agencia muy especial.

La Agencia de Viajes en el Tiempo Balbuena.

Sí: ¡viajes en el tiempo!

Ya sé que suena muy raro, pero es la verdad.

Podemos viajar en el tiempo, glups.

Por eso ahora mismo estamos en Hollywood, en el año 1938.

A nuestro alrededor corren despavoridas las estrellas de la época.

Todos estamos atrapados en el incendio.

Tenemos que ayudarlos a escapar.

El fuego se extiende a una velocidad increíble.
El plató está lleno de madera y materiales que arden con mucha facilidad.
Hay muchísimo humo negro, y se oyen toses por todos lados.
Las salidas están bloqueadas.
Nos han encerrado. No es un incendio casual. Alguien lo ha provocado.
En medio del caos, pierdo de vista a mi familia.
No sé dónde se han metido.
El humo me envuelve.
Me tiro al suelo y gateo hacia la salida.
El fuego se extiende a una plataforma colgada del techo que los del cine llaman *rigging*.
Los enormes focos empiezan a explotar.
¡Clanc! ¡Chas! ¡Crash!
Una lluvia de cristales rotos cae por todas partes.
Los gritos de pánico aumentan.
El revuelo es enorme.
La gente se precipita hacia las salidas, intentan abrir la puerta principal y las de emergencia.
Un gran trozo de decorado amenaza con derrumbarse.
Veo a Roosevelt, en el suelo, bajo un madero.
—¡Ayuda! *Help me!* —grita Roosevelt.
En ese momento, un objeto enorme se desploma.

Es un foco gigantesco.
¡Viene directo hacia mí!
Me quedo clavado en el sitio, muy asustado, incapaz de moverme.
El foco va a aplastarme.
En el último segundo...
¡Alguien me empuja y me salva!
¡¡¡CRASHHHHHHHHHH!!!
–¿Estás bien, chico? –pregunta mi salvador.
Es... O sea, se trata de... ¡Clark Gable!
El actor más famoso del momento. Le llaman «el rey de Hollywood». Además, es el protagonista de una película mítica: *Lo que el viento se llevó*.
–Gracias –digo.
–No hay de qué muchacho. Soy un héroe, lo llevo en la sangre
–responde Gable, con su famosa sonrisa.
Vale, sí, no era la primera vez que veía a Clark Gable en persona.
Ya lo explicaré.
Ahora no tengo tiempo.
La situación es desesperada.
–¡Aquí, *help*! –grita una chica muy joven, rodeada por las llamas.
No puede ser.
Es... Judy Garland en persona.
La protagonista de otra película legendaria: *El mago de Oz*.

Me cae genial. Hoy nos hemos hecho amigos. ¡Menudo día!
Judy intenta ayudar al presidente Roosevelt, que sigue debajo
de un gran trozo de decorado.
—¡Socorro! —grita Mari Carmen desde el otro extremo del plató.
Mi padre, mis hermanos, Mari Carmen y María han quedado
atrapados entre un montón de escombros.
Miro al presidente.
Y después, a las personas que más quiero.
Es el mayor dilema de mi vida.
¿A quién ayudar primero?
¿A mi familia?
¿O al hombre que puede salvar el mundo?
Si Roosevelt muere, los nazis tomarán el poder mundial.
Y el mundo colapsará.
Pero, por otro lado, mi familia me necesita.
¡Y se acaba el tiempo!
No sé qué hacer.

–¿Quién es BigBang, hija? –preguntó mi padre.

–A mí me suena a marca de chicle –comentó Santi.

–Papá, no te enteras de nada –dijo Susana–. BigBang es la influencer y tiktokker más famosa y guay. Tiene millones de seguidores.

–No será una de esas que enseñan a maquillarse a niñas de diez años –soltó Mari Carmen.

–¿Qué tiene de malo maquillarse para estar más guapa? –replicó Susana.

–Para empezar, a esa edad, el maquillaje estropea la piel. Y lo más grave: es como si te obligaran a llevar una máscara desde pequeñita. Cuando te la quitas, no te gusta lo que ves, y ya no puedes vivir sin la máscara –razonó Mari Carmen.

–BigBang no hace nada de eso –contestó Susana–. Es una influencer científica. Habla de temas de ciencia, tecnología... Pero lo hace de un modo genial.

–A mí también me gusta BigBang, es muy maja –admitió María.

–Y a mí –añadí yo.

Todos conocíamos a BigBang.

Sus videos tenían cientos de millones de visionados.

Todo el mundo la admiraba porque había conseguido hacer divertidos muchos temas que en principio sonaban complicados.

Era simpática, graciosa y muy lista.

Comunicaba muy bien y tenía mucho carisma.

Además, BigBang respondía todos los mensajes de sus seguidores, aunque a veces tardara un poco.

Siempre tenía buenas palabras y consejos para todo el mundo.

Con el dinero que había ganado con sus vídeos y sus libros, había abierto una fundación que ayudaba a niñas y niños con altas capacidades y también a los que tenían problemas de aprendizaje.

Era... perfecta.

BigBang llevaba unas enormes gafas de pasta de color verde. Y unas coletas largas también teñidas de verde.

El verde era su color favorito.

Siempre estaba sonriendo, era simpatiquísima.

Y, para rematarlo todo, era un verdadero prodigio.

Tenía once años, pero ¡había terminado dos carreras universitarias y tenía un doctorado en Física!

¡Increíble!

Era una especie de ChatGPT humano y, sin embargo, no alardeaba de ello.

—Podrá ser la mayor friki del mundo, pero es superguay —decía Susana.

Mi hermana la admiraba muchísimo. Era el espejo en el que se miraba.

—Es la mejor ¿verdad? —dijo Susana, y miró la hora—. Pues adi-vinad a quién va a llamar ¡en dos minutos! Por favor, desconectad todos vuestros aparatos de la wifi. No quiero interferencias.

—No puedo desconectarme, enana —respondió Santi sin despegarse de su consola—. ¡Estoy a punto de conseguir una espada infamundita en el *Battle of Brawls*!

–Mira que eres tarugo –replicó Susana.

–¿Y por qué va a llamarte, hija? ¿Qué quiere contarte esa BigBang? –preguntó mi padre–. No será de esas que van pidiendo dinero...

–Es millonaria, papá –respondió Susana–. Solo me ha dicho que quería hablar conmigo.

–leeeeeeeeeee –chilló Mini Seb, dando una voltereta.

¡Ah sí! Mini Seb es un mono capuchino que encontramos en Egipto y, desde entonces, vive con nosotros. Es mi mejor amigo. Es tan listo que yo creo que entiende todo lo que hablamos.

De repente, sonó una sintonía en varios dispositivos al mismo tiempo: el teléfono de mi padre, una tablet, un portátil...

Susana dio un brinco.

–¡Es ella, es ella! ¡Es BigBang! –gritó Susana–. ¡Responde, papá! ¿A qué esperas?

Mi padre sacó el móvil y le dio toquecitos, agobiado.

–¿Cómo funciona? No uso nunca esto del Zoom.

–Tuve que dar tu cuenta, papá. ¡Dámelo, anda! –dijo Susana, intentando quitarle el teléfono de las manos.

Pero mi padre había pulsado una tecla...

Y en la pantalla apareció un mensaje:

LLAMADA RECHAZADA

El rostro de mi hermana pasó por todos los colores: del blanco al azul y luego al rojo intenso.

–¿Has colgado? –preguntó, perpleja–. O sea... ¿¡HAS COLGADO A BIGBANG!?

–Lo siento, hija, no hay quien se aclare con estas cosas –respondió mi padre, abochornado.

–Llama tú de vuelta –dije.

–El número no permite rellamadas –se disculpó mi padre, intentándolo.

–¡Pues claro que no! ¡Hemos colgado a BigBang! –suspiró mi hermana, desolada–. ¡Ahora mismo estará pensando: «Pero quién se cree esta que es», y llamando a la siguiente fan!

–Seguro que te vuelve a llamar, ya verás –dijo Mari Carmen.

Todos fijamos la mirada en el móvil.

Pasaron unos segundos y no ocurrió nada.

Empezamos a perder la esperanza.

Susana sollozó.

–Era la oportunidad de mi vida... y la he perdido –se lamentó mi hermana.

–Bueno, yo me vuelvo a la cocina. Unas croquetas animan a cualquiera –anunció mi padre, azorado.

–Sí, papá, mejor –confirmó Santi.

–BigBang llamará a otra, y saldrá en uno de sus vídeos y se hará famosa y se convertirá en la mejor científica del mundo –suspiró Susana.

Entonces, ¡el teléfono de mi padre sonó en la cocina!

Mi padre salió con el móvil agarrado entre sus codos.

Tenía las manos empapadas en huevo y pan rallado.

–¡Es ella, es ella! –dijo mi padre, cada vez más nervioso.

El teléfono se le escurrió...

–¿Egipto? Qué extraño –comentó BigBang–. Pensaba que los monos capuchinos blancos eran originarios de América Central y del Sur.

–Toma ya, la primera persona que sabe más que Susana sobre cualquier tema –comentó Santi.

–Lo de los monos capuchinos yo también lo sabía, je, je, je –dijo Susana–. Es que Mini Seb es un mono muy... especial.

Poco a poco, todos nos fuimos colocando detrás de Susana para saludar.

–Anda, si está toda la familia. ¡Qué graciosos, ja, ja, ja! –dijo BigBang.



–Somos fans, estamos muy contentos de conocerte –aseguró María.

–Yo también –soltó mi hermano, saludando–. Eres una friki, pero molas.

Susana se puso coloradísima.

–Hala, ya os podéis ir. BigBang me ha llamado a mí –susurró mi hermana.

–Me encanta que estéis todos. Así os enteráis a la vez de la noticia –dijo BigBang.

Susana aguantó la respiración. Todos lo hicimos.

¿Qué noticia tenía que dar BigBang a mi hermana?



–Susana, me llamaron mucho la atención los videos que hiciste para el Club de Historia y el Club de Ciencias y el Club de Tecnología y el de Medio Ambiente... –enumeró BigBang.

–Mi hermana está en todos los clubs de empollones, no se pierde uno –soltó Santi.

–Ya te digo –comentó mi padre.

–Es extraordinaria, me recuerda a mí –continuó BigBang–. Ah, y eso de «empollones» es peyorativo. No uses esa palabra, por favor.

–«Peyorativo» me suena a examen de Historia del Arte, buf –murmuró Santi.

–Ignorante –replicó mi hermana–. «Peyorativo» es algo despreciativo o negativo.

–Tal cual –certificó BigBang–. Susana, eres de las mías. Super-enhorabuena por tus videos.

Susana sonrió de oreja a oreja al escuchar esto.

–Muchas gracias –dijo mi hermana con un hilo de voz.

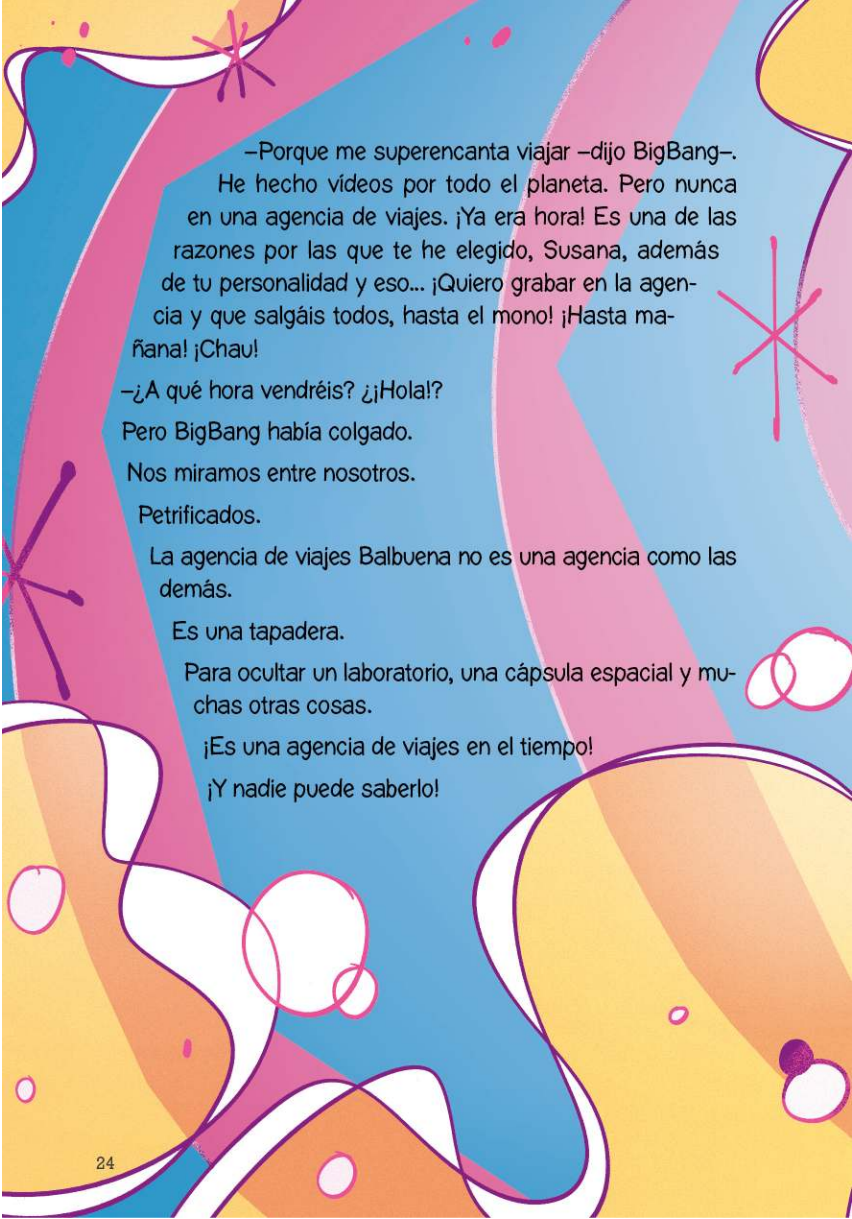
Los ojos le brillaban de la emoción.

–Por eso quería proponerte algo. Siempre que tú aceptes y te parezca bien, claro –siguió BigBang.

–¿Qué es? Venga, que lo diga ya –suplicó Mari Carmen.

–¿Te gustaría participar en mi próximo video oficial? Quiero hacerlo con una niña de tu edad, para animar a otras a que se aficionen a la ciencia y la investigación –propuso BigBang–. Ah, y recuerda: sea cual sea tu respuesta, hay que mantenerlo en secreto. El anuncio tiene que ser una sorpresa.

–Esos vídeos los ven millones de personas –recordé.
Susana se quedó muda, incapaz de pronunciar palabra.
Estaba emocionada, en shock.
Todos los que estábamos alrededor de mi hermana contuvimos la respiración.
Susana dio un suspiro profundo y se quedó paralizada, con la boca abierta y los ojos abiertos de par en par.
–Yo... Yo... –musitó mi hermana al fin.
–¡leeeeeeeeeee! –chilló Mini Seb.
–¿Eso quiere decir que sí? –preguntó BigBang, riéndose.
Susana asintió.
–¡¡¡Pues claro que sí!!! –exclamó.
Era, probablemente, el mejor momento de su vida.
–¡Ya te digo! –exclamó mi padre.
Nunca había visto tan feliz a mi hermana.
Todos estábamos emocionados, incluso mi hermano.
Susana a veces era un poco listilla, pero se lo merecía.
Siguió así unos instantes, con una gran sonrisa de felicidad.
Como si flotara.
–Fantástico –continuó BigBang–. Entonces, nos vemos mañana en vuestra agencia de viajes.
Nos miramos alarmados al escuchar esto.
–¿Por qué en la agencia? –preguntó mi padre, con los ojos abiertos de par en par.



—Porque me superencanta viajar —dijo BigBang—. He hecho vídeos por todo el planeta. Pero nunca en una agencia de viajes. ¡Ya era hora! Es una de las razones por las que te he elegido, Susana, además de tu personalidad y eso... ¡Quiero grabar en la agencia y que salgáis todos, hasta el mono! ¡Hasta mañana! ¡Chau!

—¿A qué hora vendréis? ¿¡Hola!?

Pero BigBang había colgado.

Nos miramos entre nosotros.

Petrificados.

La agencia de viajes Balbuena no es una agencia como las demás.

Es una tapadera.

Para ocultar un laboratorio, una cápsula espacial y muchas otras cosas.

¡Es una agencia de viajes en el tiempo!

¡Y nadie puede saberlo!



El gran dictador, de Charles Chaplin.

Imposible una manera mejor de acabar el día.

Mi hermano protestó un poco cuando se enteró de que era una película en blanco y negro. Pero, una vez que empezó, nos quedamos todos hipnotizados.

Era una película increíble.

Chaplin había rodado aquella historia para advertir al mundo del peligro de los dictadores de su época, como Hitler.

Y todo a través del humor.

Había sido muy valiente.

Cuando llegó la escena del globo terráqueo, aplaudimos en la sala.

Era divertidísima.

Chaplin jugaba con aquella bola del mundo.

La golpeaba con las manos, con la cadera, con el culo...

¡Nosotros le habíamos visto ensayarla en directo!

Jamás lo olvidaría.

Pero era mucho mejor verla allí, en pantalla grande, con la música.

Debe ser eso que llaman la magia del cine.

Justo cuando terminó aquella escena, todos recibimos un mensaje en nuestros teléfonos móviles.

Aviso urgente. Nuevo pliegue temporal.

Y dos palabras:

ANTIGUA GRECIA.

Debía ser algo muy grave, porque hacía algún tiempo ya habíamos viajado a la antigua Grecia.

Nos miramos en la oscuridad de la sala.

No había tiempo que perder.

La Agencia Balbuena debía ponerse en marcha de nuevo.

